

Tres ciudades amuralladas

■ ¿Qué extraño encanto tienen las ciudades amuralladas? De algún modo esas murallas que fueron creadas como defensa contra invasores foráneos las han protegido del deterioro del tiempo y han quedado perpetuadas por sus fronteras de piedra. Recorrer una ciudad amurallada es penetrar en la historia, recreando en la imaginación costumbres, hábitos y sentimientos que parecen haberse quedado impregnados entre sus paredes.

Toledo, Dubrovnik y Cartagena de Indias son las tres ciudades amuralladas que se han quedado aprisionadas en mis recuerdos, las tres con características diferentes, pero unidas por esa personalidad que les da el haber quedado fijos sus límites tras gruesas murallas de piedras. En ellas, como sucede con todas las ciudades, el crecimiento demográfico o la atracción turística han creado nuevos edificios y nuevas poblaciones, pero todo lo nuevo se extiende más allá de las murallas, contraponiendo una época con la otra, permitiéndonos el viaje fácil del pasado al presente.

Toledo —ya lo dijo Pérez Galdós— es una historia de España completa. Al visitarla, se entiende el genio español, el imperio que un día fue gobernado desde su Alcázar, la religiosidad hispánica representada en su imponente Catedral, y la siempre tangible presencia de El Greco, nos devela lo más excelso de la plástica española. No hay poeta ni escritor español de nombradía que no haya dedicado sus mejores versos o más esclarecidas páginas a la grandiosidad de Toledo, que es tal, que el genio de Lope de Vega, que para todo tenía la imagen poética precisa, se rinde ante su magnificencia:

“la gran Toledo
que en nombrándola, no puedo
ni tengo más que decir.”

Dubrovnik, al sur de la costa Adriática, fue en otros tiempos una ciudad-estado fundada por los venecianos y que se llamó Ragusa. Mas que una ciudad, es una gran escenografía. Una vez al año se celebra ahí un Festival mundial de arte y en sus calles, plazas, palacios y gruesas murallas se escenifican obras de teatro, de ballet y se ofrecen conciertos. No necesita mayor aditamento Dubrovnik para este evento. Toda su arquitectura parece estar hecha para que el arte se instale en ella. Y en su plaza, donde semanalmente se pone un mercado popular, la estatua del poeta Gundulić, que dedicó

su vida a exaltar a su ciudad, recibe el homenaje del olor al queso fresco, las hortalizas recién cosechadas o el pescado ahumado. Traspasar las murallas de Dubrovnik es ingresar de lleno al Renacimiento.

Ninguna ciudad latinoamericana puede disputar el cetro de la más hermosa a Cartagena de Indias. Situada en la costa atlántica de Colombia, fue en la época colonial, el lugar donde se atesoraba el oro que los conquistadores extraían del continente para enviarlo, de ahí, a la Corte española. De ahí sus gruesas murallas, sus imponentes fuertes y esa tradición hispánica que se huele, se palpa, se ve y se oye en cuanto se entra a sus señoriales calles.

Pero más allá de sus tesoros históricos, lo que impresiona de Cartagena es el amor que se observa de los habitantes por su ciudad y que se traduce en monumentos que recuerdan su tradición. Desde la estatua a Blas de Heredia, el tuerto, manco y cojo que la fundó, hasta la delicada India Catalina que, con sus encantos, logró la pacífica unión de conquistadores y conquistados. Pero el más original e imponente testimonio del amor a Cartagena lo da un monumento en que se ve, en grandes dimensiones un par de zapatos viejos forjados en hierro. En él se recuerda a uno de los más talentosos hijos de Cartagena, al poeta Carlos López, que sin saber ya cómo expresar su amor por su ciudad, dijo en uno de sus poemas que la amaba más que a sus zapatos viejos.

Y esta comparación tan feliz —¿qué puede haber más querible, más propio, de lo que cueste más desprenderse que un par de zapatos viejos? —ha quedado perpetuada en un monumento que rinde homenaje, a la vez, al poeta y a la ciudad que lo inspiró.

Toledo, Dubrovnik y Cartagena de Indias son tres ciudades amuralladas que, al quedar delimitadas en su extensión, al no ser objeto de remodelaciones, se han convertido en testimonio, no de una individualidad, sino de todo un pueblo, el pueblo que la construyó, que vivió en ellas y cuyas características siguen marcando a sus actuales habitantes.

De ahí su encanto. En un mundo mutable, de acelerados cambios, las ciudades amuralladas nos satisfacen, en maciza piedra, nuestra sed de inmutabilidad.

PARTIQUINO